



# Revista UNOFAR CUADERNO DE DIFUSIÓN EDICIÓN ESPECIAL

Semana del 21 al 27 de agosto de 2023



Memoria Chilena



Noticias Ejército

# LOS 22 DÍAS QUE SACUDIERON A CHILE

Francisco Aravena  
La Tercera, 21/08/2023

## ESTADOS UNIDOS - LOS OJOS Y LAS GARRAS DEL ÁGUILA

**E**l lunes 20 de agosto de 1973, el Comité Cuarenta del gobierno de Estados Unidos aprobó un apoyo adicional de un millón de dólares para los partidos de oposición y el movimiento de los gremios del transporte terrestre y el comercio, en huelga en ese momento.

El Comité Cuarenta coordinaba, al máximo nivel, las actividades anticomunistas globales del gobierno, el Pentágono y la CIA. Lo presidía el asesor de Seguridad Nacional del Presidente Richard Nixon, Henry Kissinger.

La evidencia del volumen de la intervención desestabilizadora de la Casa Blanca en Chile fue objeto de especulaciones hasta 1975, cuando una comisión del Senado, encabezada por el demócrata Frank Church, inició las revelaciones con el informe Acción Encubierta en Chile 1963-1973.

Por iniciativa del Presidente Bill Clinton, se inició una nueva desclasificación revelada en 1999. Esta se amplió en el 2000 con el Informe Hinchey sobre las actividades de la CIA.

Los 25.000 documentos desclasificados en EE. UU. sobre Chile forman una montaña de más de 50.000 páginas, todavía incompleta, además de las grabaciones y las memorias de varios protagonistas. Este cúmulo de información refleja que Washington dio una atención desproporcionada a Chile en relación a su tamaño

El punto más dramático de esa intervención se registró antes de la asunción del electo Presidente Salvador Allende, entre septiembre y noviembre de 1970.



El Presidente Nixon enfureció al conocer el triunfo de Allende y lo tomó de forma personal: “¡Ese hijo de puta! ¡Ese bastardo!”, exclamó, mientras golpeaba

con el puño la palma de su mano el 15 de octubre de 1970, en la oficina oval de la Casa Blanca.

Nixon, que había criticado de modo áspero a los Kennedy por permitir la consolidación de Fidel Castro en Cuba, creía que debía impedir la ratificación de Allende por el Congreso si más del 60 % había votado por los otros candidatos.

La percepción de Kissinger era peor, según su colega en el Consejo de Seguridad Nacional, Roger Morris: “No creo que nadie en el gobierno comprendiese cuán ideológico era Kissinger en la cuestión de Chile. (...) Ocurrían en ese momento hechos desastrosos en el mundo, pero sólo Chile asustaba a Henry”.



Las instrucciones de Nixon a Kissinger y al jefe de la CIA, Richard Helms, fueron categóricas: un plan en 48 horas. Las notas de Helms registraron sus lineamientos:

- “Es una probabilidad de uno en 10, tal vez, pero ¡salven a Chile!”.
- “Vale la pena gastar”.
- “No nos preocupan los riesgos que implica”.
- “US\$ 10.000.000 disponibles, más si fuese necesario”.
- “Los mejores hombres que tengamos”.
- “Hacer aullar la economía”.

Kissinger calificó después estos esfuerzos como “tardíos y confusos”. Se intentó sobornar a parlamentarios para que votaran en el Congreso por Jorge Alessandri, de modo que éste renunciara y Eduardo Frei se presentara a nuevos comicios, convocando el voto anticomunista.

Se alentó un golpe militar a través del proyecto Fubelt (*Fu* era la clave para Chile, *belt* significa cinturón), una idea que derivó en el intento de secuestro y

asesinato del comandante en jefe del Ejército, el general René Schneider.

Y se intentó intervenir, hasta último momento, en las Fuerzas Armadas chilenas, hasta que el propio Kissinger desalentó esas iniciativas

El crimen de Schneider produjo el efecto inverso y el Partido Demócrata Cristiano, sometido a fuertes presiones centrífugas, reconoció finalmente la mayoría relativa de Allende tras imponerle un “*estatuto de garantías constitucionales*”. Allende fue ungido Presidente en el Congreso sin los votos de la derecha. Washington reconoció su fracaso.

Pero, ¿por qué esta preocupación desorbitada de Estados Unidos?

Las primeras razones parecieron económicas. El gobierno de la Unidad Popular expropió la ITT, la empresa monopólica de las telecomunicaciones que, además, había participado en las conspiraciones contra Allende, y en 1971 nacionalizó la gran industria del cobre -con la votación unánime del Congreso- sin compensación.

La empresa más perjudicada, Kennecott, persiguió por todo el mundo los negocios cupríferos de Chile en los siguientes años. Pero, en lo formal, los programas oficiales de créditos e intercambios entre Estados Unidos y Chile se mantuvieron sin muchas variaciones.

De modo que los motivos económicos no eran los principales para la Casa Blanca. La razón principal era otra: la Unidad Popular incluía al Partido Comunista.

Esto no se hizo evidente para el gobierno chileno sino hasta diciembre de 1972, cuando, durante la visita de Allende a la ONU, el embajador de EE.UU., George H. Bush, le sugirió explorar una negociación formal de alto nivel. Poco después, siete representantes del gobierno chileno y siete del Departamento de Estado se reunieron en Washington para debatir el problema de las compensaciones a las empresas expropiadas

Según uno de los enviados chilenos, el diputado de la Izquierda Cristiana Luis Maira, “*era una maniobra casi sin destino, como para no dejar gestión sin hacer*”. La visita del Presidente a la Unión Soviética había dejado en claro que no tendría ayuda de Moscú y las conversaciones con el Club de París en torno a la deuda externa avanzaban a tranco lento.

En paralelo, Chile intentaba servir sus compromisos internos con emisión de moneda, lo que empezaba a lanzar la inflación a las nubes. Por lo tanto, la negociación con EE. UU. era, aunque fallase, indispensable

La delegación chilena fue encabezada por el embajador Orlando Letelier. Después de dos días sin

avances, en un descanso, el secretario de Estado William Rogers y Henry Kissinger invitaron a Letelier a una reunión privada de casi una hora. Rogers le dijo que Washington no cedería en dos puntos: el descuento a la rentabilidad excesiva de las empresas nacionalizadas, que conducía a no pagarles nada. El otro lo describió Kissinger:

*“América Latina es una región de casi ninguna importancia... Chile no tiene ningún valor estratégico. Nosotros podemos recibir cobre de Perú, Zambia, Canadá. Ustedes no tienen nada que sea decisivo. Pero si hacen ese proyecto de camino al socialismo del que habla Allende, vamos a tener problemas serios en Francia e Italia, donde hay socialistas y comunistas divididos, que con este ejemplo podrían unirse. Y eso afecta sustancialmente el interés de Estados Unidos. No vamos a permitir que tengan éxito. Cuenten con eso”.*



Era el segundo aviso que Allende recibía en este sentido. El primero le había llegado cuando era Presidente electo y aún no lo ungía el Congreso.

El diplomático Armando Uribe le había contado al canciller de Frei, Gabriel Valdés, y también a Allende de un dato que le entregó el periodista Irving Stone: que en una reunión en Chicago con editores del Chicago Tribune, The Washington Post y The New York Times, Kissinger les había explicado que el problema con Chile era no sólo el influjo en América Latina, sino el antecedente que su elección significaba para la izquierda en Francia e Italia.

El PC era el problema final, aunque fuese el más moderado de la coalición y a pesar de que la URSS de Leonid Brezhnev estuviese, no en su período más agresivo dentro del Tercer Mundo, sino en la detente, con diálogo en medio de las tensiones.

El ojo del águila norteamericano estaba en muchas latitudes.

Para agosto de 1973, ya parecía que la entrega del millón de dólares a la oposición chilena sería la última. Las precisas informaciones de la CIA así lo sugerían.

El 7 de septiembre, su estación local avisaba de una acción conjunta de las tres Fuerzas Armadas. El 9, el agente encubierto Jack Devine precisó: “*Tendrá lugar el 11*”.

# LOS 22 DÍAS QUE SACUDIERON A CHILE

Francisco Aravena  
La Tercera, 21/08/2023

## LA FUERZA AÉREA: LA ESTRATEGIA DEL “DIVERSIONISMO”.

**E**n la mañana del lunes 20 de agosto de 1973, el Presidente Salvador Allende abordó un helicóptero de la Fuerza Aérea con rumbo a Chillán, donde encabezaría la conmemoración del 195 aniversario del natalicio de Bernardo O’Higgins.

Los pilotos habían pensado en una idea extrema; desviarse de la ruta y secuestrar al Presidente en algún lugar del sur. Con ello pretendían responder a la crisis que vivía la FACH, aunque su acción también podía ser el inicio de un golpe de Estado. Sin embargo, en el camino desecharon el plan.

La FACH había despertado ese día en estado de exaltación. Apenas unas horas antes, en la noche del domingo, el comandante en jefe, general César Ruiz Danyau, se había presentado de uniforme en el programa de Canal 13 “A esta se improvisa” y los representantes de la oposición, el joven dirigente gremialista Jaime Guzmán y el demócratacristiano Jorge Navarrete, se habían dado un festín explorando sus contradicciones con el gobierno de la UP.

Un festín algo sombrío, porque ninguno de los inteligentes panelistas ignoraba la gravedad de que un general participara en un debate político. Con un detalle aún más serio: Ruiz Danyau ya no era el comandante en jefe.

Ruiz Danyau era el único de los comandantes en jefe al que Allende conocía desde antes de asumir el mando y por ello creía tener con él una cierta amistad.

Cuando convocó a los comandantes en jefe para integrarse a un gabinete de “Seguridad Nacional”, cuyo principal objetivo sería dismantlar un nuevo paro de los camioneros (iniciado el 26 de julio), le permitió elegir la cartera que preferiría. El 9 de agosto, Ruiz Danyau juró como ministro de Obras Públicas y Transportes.

La selección tenía una intención inconfesable: Ruiz Danyau quería evitar que el gobierno aplastara a la organización de los transportistas

Pero seis días después, el subsecretario de Transportes Jaime Faivovich lanzó un ultimátum

anunciando la requisición masiva de camiones en caso de continuar el paro. Viéndose sobrepasado, Ruiz Danyau presentó su renuncia como ministro.

Allende le pidió continuar, en vista de que el paro estaba por quebrarse. Ante la insistencia de Ruiz Danyau, el Presidente intentó que asumiera el cargo otro general de la FACH. Pronto percibió que ninguno lo haría sin una oferta más tentadora, como la comandancia en jefe.

Fue lo que ofreció a los dos generales siguientes en la línea de mando, Gustavo Leigh y Gabriel van Schouwen. Pero ninguno quiso aceptar hasta que se resolviera la situación de Ruiz Danyau.

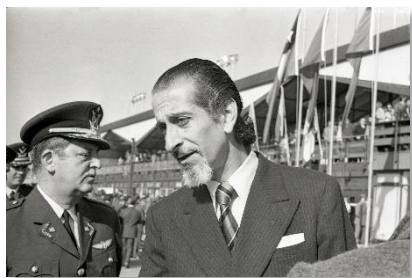
En la tarde del 17 de agosto, después de una presión insoportable, Ruiz Danyau firmó su renuncia al ministerio y a la FACH. El Presidente la llevó en su bolsillo a la cena secreta que tendría con el senador de la DC Patricio Aylwin en la casa del cardenal Raúl Silva Henríquez.

El general Leigh condicionó su aceptación a no asumir el ministerio; el Presidente aceptó que ese cargo fuese asignado a otro general, Humberto Magliochetti, quebrantando la exigencia que había hecho a Ruiz Danyau. Indignado por este cambio, el general decidió que, aunque había firmado una carta pero no su expediente de retiro, su situación final no estaba sellada. Se sentía burlado.

Sin embargo, el nombramiento de Leigh como comandante en jefe fue cursado el sábado 18. Por eso, la aparición de Ruiz Danyau en “A esta hora se improvisa” era, además de irregular, una perturbación muy seria

En la mañana del 20, los oficiales de las bases aéreas de El Bosque, Cerrillos y Colina ordenaron un “autoacuartelamiento” que, según el comunicado emitido por el jefe de relaciones públicas de la FACH, comandante Ramón Gallegos, tenía por objetivo rechazar el procedimiento del gobierno para sacar al general Ruiz Danyau. Otras bases de provincias se unieron.

Era una insurrección en gran escala. Poco después del mediodía, el ministro de Defensa y comandante en jefe del Ejército, general Carlos Prats, ordenó a su jefe de Estado Mayor, el general Augusto Pinochet, y al comandante en jefe de la Armada, almirante Raúl Montero, acuartelar en primer grado a sus unidades principales para prevenir hechos mayores



Prats se restó en forma deliberada de la crisis de la FACH, ante las seguridades del general Leigh de que sería controlada. Con Allende ausente de La Moneda, fue Letelier, entonces ministro del Interior, quien enfrentó la situación.

Pidió al PC que Orlando Millas lo acompañara en su gabinete. Dio instrucciones a Prats y a Carabineros y ordenó al intendente Julio Stuardo clausurar la radio Agricultura e informar de lo que ocurría a todos los partidos, salvo al Partido Nacional.

Ruiz Danyau se fue en la mañana a la base de Cerrillos, donde lo esperaban unos 80 oficiales que exigían su restitución en el mando. Después de avisar al general Leigh, se trasladó a la base El Bosque, donde se habían juntado unos 200 oficiales en el anfiteatro principal.

La reunión no fue apacible. En el clima de exaltación dominó la idea de obligar al gobierno a reponer a Ruiz Danyau. Pero ya estaba claro que ni el Ejército ni la Armada se plegarían, en ese momento, a semejante aventura

Cuando llegaron Leigh y otros generales, se reunieron con Ruiz Danyau. Le reprocharon su conducta ambivalente, la excitación en las bases aéreas y, en especial, su asistencia al programa "A esta hora se improvisa".

Antes de las 19, Ruiz Danyau aceptó irse y reconocer el mando de Leigh.



El nuevo comandante en jefe partió a La Moneda e informó al Presidente y a los ministros Prats y Letelier. Al regresar de Chillán, Allende leyó esa noche un comunicado apaciguador por cadena nacional

El coletazo de la crisis se produjo en la mañana siguiente, el 21, cuando una cincuentena de mujeres, más tarde identificadas como esposas de oficiales de la Fuerza Aérea, se reunió frente al Ministerio de Defensa a gritar consignas en apoyo a Ruiz Danyau y en contra de Prats, a quien atribuían la caída del general. Prats, agripado y con fiebre, contempló el incidente y después de almuerzo se fue a su casa. No imaginaba lo que vendría

Tampoco Leigh permaneció tranquilo. A lo menos desde la segunda mitad de 1972, se había embarcado en una sucesión de reuniones con altos oficiales de la propia FACH, la Armada, el Ejército e incluso Carabineros, con vistas a derrocar al gobierno de la UP.

Hacia junio de 1973, tales encuentros ya tenían la forma de una conspiración: no involucraban a los comandantes en jefe, se realizaban en secreto y estaban al margen de las reglas.

En cuanto asumió la jefatura de la FACH, Leigh notificó a sus contertulios que no podría seguir asistiendo.

Lo representaría el subjefe del Estado Mayor Conjunto, el general Nicanor Díaz Estrada, un hombre más vehemente que él mismo, que se venía enfrentando al gobierno con sus esfuerzos por inculpar a la ultraizquierda del asesinato del edecán naval del Presidente, el comandante Arturo Araya, a pesar de las crecientes evidencias que acumulaba la policía de Investigaciones sobre la ultraderecha



Leigh debía cuidarse. Era la primera pieza en la estrategia de copar los mandos superiores de las Fuerzas Armadas. El gobierno no confiaba en él, pero carecía de alternativa. Estaba entregado a su obediencia constitucional

La FACH también se sentía amenazada desde dentro. Dos de sus generales trabajaban para el gobierno y simpatizaban abiertamente con él: Alberto Bachelet, designado en la Dirección de Abastecimiento y Comercialización; y Carlos Dinator, auditor.

Ambos habían sido aislados delicadamente del cuerpo de mando, pero Leigh sabía que otros oficiales y suboficiales simpatizaban con la UP; algunos tenían hijos o sobrinos que militaban en partidos de gobierno o, peor aún, en el MIR.

No había forma de calcular la capacidad de deteriorar el mando que ellos tendrían en caso de una insurrección de la FACH. El quiebre no era una mera fantasía. Contribuían a esa idea, de modo paradójico, los diarios y revistas de la UP que desde agosto venían publicando listas de oficiales "golpistas"; los mandos se preguntaban de dónde salían esas informaciones

Leigh no ocultó sus intenciones en un aspecto: la aplicación de la Ley de Control de Armas, una norma dictada en 1972 para limitar lo que entonces parecía un creciente incremento del armamento en manos privadas. Después del "tanquetazo" del 29 de junio de 1973, las Fuerzas Armadas decidieron aplicarla con más severidad y la vanguardia de ese endurecimiento la tomaron la Armada y la FACH.

Los sectores revolucionarios la consideraban una ley represiva y denunciaban su uso abusivo por

parte de las Fuerzas Armadas. No cabe duda de que esas operaciones frenaban las actividades de entrenamiento militar, distribución de armas y acumulación de fuerzas irregulares en los bastiones del “*poder popular*”; los obligaban, por lo menos, a sumirse en el disimulo y la clandestinidad

Entre agosto y septiembre, la FACH tomó iniciativas que iban algo más allá de sus simples entornos. Aunque el Presidente apoyaba la ley, las denuncias de sus partidarios lo llevaron a plantear varias veces sus reparos al jefe de la FACH. Leigh, extremando sus capacidades de disimulo, hizo notar a Allende lo “*extraño*” que era el hecho de que nadie denunciara el armamentismo de derecha

El ahora ministro de Defensa, Orlando Letelier, desconfiaba mucho más de Leigh. Consideraba, como diría más tarde a Joan Garcés, que era el líder del “*diversionismo*” con que trataban de apaciguar al gobierno los que preparaban el golpe de Estado

Dos operaciones militares llevaron las cosas a un punto límite. La primera ocurrió el 4 de agosto en Punta Arenas, en la fábrica Lanera Austral, donde tropas combinadas bajo el mando del jefe de la V División, el general Manuel Torres de la Cruz, entraron al amanecer y sometieron a los obreros a un violento proceso de registro e interrogatorio.

Uno de ellos, Manuel González, fue muerto de un balazo. Las tropas no encontraron armas

Allende envió a dos ministros -Jaime Tohá y Sergio Insunza- para investigar en forma independiente. El informe que elaboraron atribuía uso excesivo de fuerza a los soldados de la IV Brigada Aérea. Cuando lo recibió Leigh, todavía jefe del estado Mayor de la FACH, dijo que lo estudiaría, pero que en principio estimaba que había elementos exagerados.

Un mes más tarde, en la noche del 7 de septiembre un fuerte contingente de la FACH se dirigió a allanar una casa contigua a las industrias Sumar, en el

área de San Joaquín. Según la versión militar, mientras se desarrollaba esa operación, los soldados fueron atacados desde el interior de la fábrica Sumar-Nylon, por lo que decidieron allanarla.

Mientras los obreros eran sacados a la calle, se inició un concierto de sirenas y alarmas, y “*unos 500 hombres*” comenzaron a acercarse. Para evitar un enfrentamiento, los camiones de la FACH se retiraron... con 23 detenidos.

Esa noche, el ministro Letelier cenaba en casa del general (R) Prats y habló varias veces con Leigh, instándolo a retirar a las tropas. Luego lo citó a su despacho para la mañana del sábado 8, a donde también había citado al director de Investigaciones, el socialista Alfredo Joignant.

Para irritación de Leigh, Letelier dijo que la investigación oficial la llevaría la policía civil y que en adelante las Fuerzas Armadas no realizarían allanamiento alguno sin consulta y consentimiento previo del mismo ministro.

Leigh no se opuso a estas medidas. Pero se sentía en el borde.

Muchos años después, el entonces comandante Ernesto Galaz estimaría en el programa *Mentiras verdaderas de La Red* que entre la oficialidad de la FACH había un 10 % que simpatizaba con la UP y se oponía a un golpe de Estado, y otro 10 % que tenía “*una inquina enorme contra el gobierno*”.

El 80% restante, dijo, era gente que no apoyaba ni a unos ni a otros y que sólo “*se quedaron con los que ganaron*”.



## LOS 22 DÍAS QUE SACUDIERON A CHILE

Francisco Aravena  
La Tercera, 22/08/2023

### LA DERECHA FANTASMAL Y LA PROCESIÓN INTERNA DE LA DC.

**E**l martes 21 de agosto, los principales dirigentes del Partido Nacional se dedicaron a afinar los últimos borradores del proyecto de acuerdo que presentarían en la Cámara de Diputados para declarar que el gobierno de Allende estaba sobrepasando la Constitución

Era la acción política más contundente que habían tenido durante el gobierno de la UP. El documento original fue redactado por el abogado

Enrique Ortúzar, ex ministro de Jorge Alessandri y principal constitucionalista de la derecha

“Él, un hombre muy considerado, me llamó para que discutiéramos este tema en la casa de [el senador] Francisco Bulnes -recuerda el entonces diputado Hermógenes Pérez de Arce-. Pero ya estaba listo. Bulnes le hizo algunas anotaciones y [el diputado] Mario Arnelo se puso en contacto con [el diputado] Claudio Orrego para que fuera revisado en la DC. Se lo llevaron

a Patricio Aylwin. Ellos, obviamente, lo suavizaron, pero lo que quedó, el fondo del documento, era lo mismo”.

El gran triunfo del PN no era, en estricto sentido, la formulación del documento, sino más bien la participación de la DC, el partido en el que tantos esfuerzos empeñó para formar la alianza denominada Confederación Democrática (CODE), donde estarían también el segmento de derecha escindido del Partido Radical, la Democracia Radical, y otro fragmento del mismo partido emigrado desde la UP, el Partido de Izquierda Radical

El PN fue el principal partido opositor a la UP. Su decisión quedó instalada en el Congreso Pleno, en 1970, cuando sus parlamentarios se negaron a confirmar a Allende como Presidente. A partir de ese momento, la UP y el PN se declararon una enemistad absoluta y vociferante. Pero alguien exageraba en algún punto.



Después de los desastrosos resultados obtenidos por los dos partidos de derecha, el Conservador y el Liberal, en las elecciones parlamentarias de 1965, que según el historiador Juan Carlos Arellano confirmaron “el naufragio de su larga decadencia” con su 12,5%, se fundó el PN en 1966.

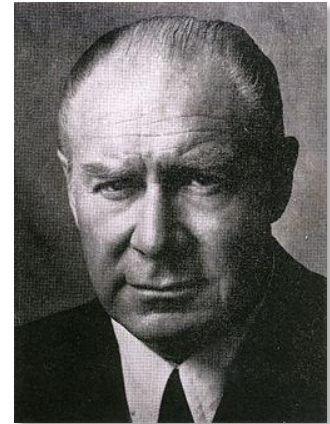
El origen inmediato de esta devastación estuvo en las presidenciales de 1964, cuando, aterrados ante el avance de Salvador Allende, conservadores y liberales apoyaron sin condiciones a Eduardo Frei Montalva y abandonaron a su candidato, el radical Julio Durán. Después de eso, era unirse o morir.

El aglutinador fue el nuevo Partido de Acción Nacional, cuyas figuras más destacadas eran Sergio Onofre Jarpa, Jorge Prat y Mario Arnelo. Ellos convocaron a los huérfanos de los dos conglomerados históricos, a algunos independientes y a un sector de los nacionalistas. El PN nació como un ave Fénix aún herida

La irrupción de la UP le dio una razón más poderosa para existir, pero en ningún momento de los tres años de Allende esta derecha tuvo el peso necesario para frenar por sí sola el avance del proyecto socialista; no había oposición plausible sin el concurso de la DC.

Durante todo ese tiempo no emergió de sus filas ningún líder que pudiera equiparar la figura histórica de Jorge Alessandri

La CIA, aunque apoyaba su trabajo, tenía una opinión muy crítica sobre el PN. Ya el 9 de febrero de 1972, un informe concluyó: “Organizacionalmente el partido es aún débil, con poca actividad continua. Aunque parece estar libre de divisiones ideológicas y faccionalismo, carece de liderazgo a tiempo completo y de profundidad para planear y organizar apropiadamente a sus bases nacionales”.



La CIA responsabilizaba a Jarpa de estos problemas. El 22 de febrero de 1973, poco antes de las parlamentarias, otro cable señalaba que el PN “no está organizacionalmente listo para estas elecciones. El principal responsable de esta falla es el presidente del PN, Sergio Onofre Jarpa. Jarpa no se ha interesado en construir un partido de bases amplias, y lo que la estación ha sido capaz de lograr, ha sido a pesar de Jarpa o sin su conocimiento. En el segundo peldaño existen líderes talentosos, como el actual secretario general, Patricio Mardones, el candidato a diputado Gustavo Alessandri y los candidatos senatoriales Fernando Ochagavía y Sergio Diez, quienes sueñan con construir un partido liberal moderno y tratarán de reemplazar a Jarpa después de la elección”

En agosto de 1972, el PN organizó un grupo de “autodefensa”, el Comando Rolando Matus, integrado por jóvenes aficionados y destinado a proteger las marchas de protesta.

Ni siquiera era muy original: se inspiraba en las Brigadas Ramona Parra del PC y Elmo Catalán, del PS. Tomaba el nombre de un militante de la juventud asesinado en Pucón y entrenaba en una bodega en Estación Central. “Era todo muy marcial, usaban linchacos, pero no eran más de 80 o 100 personas en Santiago”, dice el exdirigente juvenil Roberto Palumbo.

El líder era Patricio Lagos, un agricultor de Curicó que respondía en línea directa a la dirigencia de la JN, presidida por el abogado Juan Luis Ossa. “El mayor aporte”, dice Palumbo, “fue dar mística a la juventud”. Su grito de guerra: “¡Compañero Rolando Matus! ¿Quién lo mató? ¡Los comunistas! ¿Quién lo vengará? ¡Los nacionalistas!”

El PN buscó la vía institucional para frenar al gobierno hasta comienzos de 1972. En enero de ese

año consiguió su primera alianza importante con la DC en una acusación constitucional para destituir al ministro del Interior, José Tohá.

En los siguientes intentos, el gobierno replicó cambiando a los ministros de posiciones, unos "enroques" que la Constitución no prohibía. Este fue uno de los "resquicios" que un agudo abogado del gobierno, Eduardo Novoa Monreal, ideó para hacer avanzar el socialismo dentro de los marcos de la legislación.

El PN se dedicó a detectar y denunciar estos "resquicios".



Pero su problema permanente era la renuencia de la DC a establecer una alianza entre la derecha y el centro. Los momentos propicios fueron el paro de los transportistas en octubre de 1972 -respaldado, pero no guiado por el PN- y las parlamentarias de marzo de 1973, donde esperaban reunir los dos tercios necesarios para destituir al Presidente.

Como no lo consiguieron, una parte del PN entró en la lógica del golpe de Estado

Sólo una parte. En julio de 1973, los senadores Aniceto Rodríguez (PS) y Alberto Jerez (IC) se acercaron al jefe del comité senatorial del PN, Sergio Diez, para abrir una línea de diálogo con el ejecutivo. Sabían que Jarpa no lo aceptaría.

Diez les propuso trabajar en la idea de un gobierno de transición para los siguientes tres años. El proceso, con Allende incluido, quedaría presidido por el abogado radical Raúl Rettig, entonces embajador en Brasil.

Como era previsible, Allende rechazó la idea de manera virulenta y les recordó a los negociadores que había sido elegido, no por todos los chilenos, sino por una mayoría popular, y que no abandonaría la finalidad de construir el socialismo

Para agosto -cuando se acercaba a su triunfo-, el PN estaba agotado y malamente unido. Le pesaba un defecto de nacimiento, las tres cabezas de su tronco original: los conservadores del mundo agrario, los industriales proteccionistas de la sustitución de importaciones y los liberales de cuño clásico partidarios del libre mercado.

El PN no tenía un proyecto de desarrollo unificado. Esto explica por qué cuando la Armada decidió emprender la destitución de Allende no fue a hablar con el PN, sino con la Sociedad de Fomento Fabril, entonces liderada por el empresario metalúrgico Orlando Sáenz.

Y explica también por qué el vicealmirante José Toribio Merino hizo sus sondeos, no con los líderes políticos de la derecha, sino con sus amigos empresarios de la Cofradía Náutica del Pacífico Austral.

## LOS 22 DÍAS QUE SACUDIERON A CHILE

Francisco Aravena  
La Tercera, 22/08/2023

### LA DC: LA PROCESIÓN VA POR DENTRO

Los demócratacristianos "nos fuimos enmierdando con el tiempo". Esta afirmación del entonces diputado Mariano Ruiz-Esquide resume el sentimiento de la que fue la primera fuerza electoral durante todo el gobierno de la UP.

El martes 22 de agosto de 1973, ese sentimiento se materializó en una decisión inesperada de todos sus parlamentarios: sumarse en masa al proyecto de acuerdo de la Cámara de Diputados propiciado por el PN

El texto, que en lo principal denunciaba el quebrantamiento del orden constitucional por parte del gobierno y pedía al Presidente y -más peligrosamente- a los ministros militares que velaran por la legalidad, fue

visto en la UP como un llamado al golpe de Estado y como el fin práctico de las conversaciones entre la DC y el gobierno... cuando éstas apenas cumplían un día

El acuerdo se había gestado sólo unos días antes, cuando los diputados Claudio Orrego y César Fuentes recibieron una propuesta del PN, que revisó y aprobó Patricio Aylwin. Hasta la mañana del 22, sólo había un borrador escrito a mano.

Poco antes de las 11, la directiva del PDC tuvo una nueva reunión, esta vez con parlamentarios del ala izquierda, Mariano Ruiz-Esquide y Claudio Huepe y el excandidato presidencial Radomiro Tomic, que venía de conversar con Allende y quería transmitir su preocupación.





En el encuentro se decidió aprobar el texto, a condición de que quedara establecido que el acuerdo no era un llamado al golpe, dice Ruiz-Esquide.

El senador del Partido de Izquierda Radical (PIR) Luis Bossay reforzó esa perspectiva del texto. El encargado de presentar la postura del PDC era su secretario nacional, Eduardo Cerda. Sin embargo, él no llegó al debate y finalmente fue el jefe de la bancada, José Monares, quien hizo las observaciones.

El mismo Monares estaba inseguro de ellas; junto a Huepe y Ruiz-Esquide, intentó representar las dudas al líder de su sector, Bernardo Leighton: *"Su respuesta fue clara: 'Es peor que no hagamos nada como Cámara, porque le dejamos el punto libre a la derecha y a los militares que quieren golpear'. Eso nos llevó a votar"*, recuerda Ruiz-Esquide.

Quienes presentaron el proyecto fueron los nacionales Mario Arnello, Silvio Rodríguez y Mario Ríos, el PIR Roberto Muñoz y los DC José Monares, Carlos Sívori, Eduardo Sepúlveda, Lautaro Vergara, Arturo Frei, Alfonso Ansietta y Gustavo Ramírez. El debate se prolongó por varias crispadas horas

Pasadas las 21.30, según recuerda el exdiputado Luis Pareto, *"me llamó Renán Fuentealba y me dijo que las conversaciones habían fracasado"*. El exdiputado Maira, asignado para dar el discurso en defensa de Allende, le dijo a Ruiz-Esquide que esto era como *"la destitución de Balmaceda"*.

Finalmente, el proyecto se aprobó a las 21.49 por 81 votos contra 47, en bloque, sin deserciones ni sorpresas, toda la CODE contra toda la UP.

El 24 de agosto, Allende respondió al acuerdo afirmando que no tenía ninguna validez jurídica y que el único camino para que el Congreso se pronunciara sobre la legitimidad del gobierno era a través de una acusación constitucional, para la cual la oposición no tenía los votos suficientes.

Con esa votación, la DC culminaba otro capítulo de su larga historia de desgarros frente a la izquierda.

Después de su fundación en 1957, el partido había tenido un ascenso tan espectacular, que en siete años ganó el gobierno con Eduardo Frei Montalva.

El sesgo anticomunista de la campaña enojó a su amigo y competidor socialista, Allende, que le devolvió los ataques con el desaire de no visitarlo nunca en La Moneda. El secretario general de PS, Aniceto Rodríguez, puso el broche a la enemistad: *"Les negaremos la sal y agua"*.

El gobierno de Frei tomó medidas de avanzada en sus dos primeros años (y con ello obligó al PS a desplazarse más hacia la izquierda), pero ya en el tercero se sumía en la tensión de tres sectores: los *"freístas"*, fieles al Presidente; los *"terceristas"*, que apoyaban la futura candidatura de Tomic con una convocatoria de unidad hacia la izquierda; y los *"rebeldes"*, que se agrupaban en la Juventud y agudizaban sus críticas hacia el gobierno.

Los *"rebeldes"* se fueron para formar el Movimiento de Acción Popular Unitaria (Mapu) en 1969; los *"terceristas"* permanecieron para empujar la candidatura de Tomic; y Frei -criticado por la derecha como el *"Kerensky chileno"*- recibió con enojo el triunfo de Allende.

Tras las elecciones de 1970, la DC impuso un *"Estatuto de Garantías Constitucionales"* como condición para confirmar a Allende en el Congreso. El 8 de junio de 1971, el ex ministro del Interior de Frei, Edmundo Pérez Zujovic, fue asesinado por el grupúsculo de ultraizquierda Vanguardia Organizada del Pueblo (VOP), en un episodio que sacudió a toda la DC y desde luego a quienes habían sido sus adversarios internos.

En la DC se impuso la idea de que el gobierno era incapaz de controlar a la ultraizquierda.

Peor aún, tenía continuas sospechas sobre la infiltración de la izquierda en sus filas. Dos de sus desgarros -el Mapu en el 69 y la Izquierda Cristiana en el 71- se habían ido hacia la UP, y aunque importantes figuras del Mapu habían *"retrocedido"* hacia la IC, ninguna había vuelto a su alma mater.

*"Dentro de la DC había sectores que eran muy activos en promover el diálogo y otros que no teníamos fe en que tuviera efecto"*, recuerda el entonces senador Andrés Zaldívar.

En mayo de ese año, la división volvió a expresarse en la Junta Nacional. La mesa presidida por Renán Fuentealba, situado en el flanco izquierdo, cayó a manos de Patricio Aylwin, jefe del freísmo. *"Nuestra posición, que era llegar a entendimientos con el gobierno para asegurar la continuidad democrática, perdió frente a una postura que pedía actuar más drásticamente"*, dice el entonces secretario nacional, Belisario Velasco.

La nueva mesa quedó conformada, además de Aylwin, por el diputado Eduardo Cerda en la secretaría general y por los vicepresidentes Osvaldo Olguín y Felipe Amonátegui.

La lucha interna también se volvió más áspera. Velasco recuerda un consejo nacional de ese año, donde Leighton intervino con crudeza:



*“Aquí hay consejeros nacionales, como Juan de Dios Carmona y Juan Hamilton, que han participado de reuniones con la derecha y estarían en apoyo de una cosa que atentara contra la institucionalidad”.*

*“Bernardo replicó uno de los aludidos-, no acepto que tú insinúes que yo estoy por algo que quiebre la democracia”.*

*“Te equivocas -dijo Leighton- “No insinúo nada: lo estoy afirmando”.*

El entonces presidente de la Cámara, Luis Pareto, dice que, en efecto, *“había un grupo, encabezado por Juan de Dios Carmona, que se resistía a cualquier acuerdo. Era el Altamirano de la DC”.*

Hacia agosto de 1973, cada grupo seguía su propio rumbo. Allende sabía que no ganaba nada esencial sin convencer al líder de la DC, Frei, aunque

Leighton, Fuentealba y Velasco explorasen con él un acuerdo que incluía un plebiscito.

En los últimos días de julio Allende pidió al cardenal Silva Henríquez que gestionase una reunión privada con Frei. Pero el líder de la DC se negó una y otra vez, hasta que el cardenal acudió a Aylwin.

Antes de la cena, el Presidente mostró la renuncia del general Ruiz Danyau y desplegó su elocuencia para describir la posición del gobierno y su deseo de acuerdo con la DC. Aylwin lo enfrentó con los conflictos más concretos y Allende designó para resolver algunos de ellos al empresario Víctor Pey y los restantes, al conciliador dirigente socialista Carlos Briones, al que Allende pretendía nombrar ministro del Interior.



Pero el martes siguiente la DC apoyó el acuerdo de la Cámara y el diálogo con Briones se fue disolviendo entre las disensiones de la UP y el rechazo frontal del PS. *“Desde ese momento, el país entró en un tobogán, todo el mundo sabía que íbamos a caer en algo... El fracaso en las conversaciones entre Allende y Aylwin provocó el quiebre definitivo”, dice Zaldívar.*

En los primeros días de septiembre, Frei y la dirección de la DC concibieron la idea de que todos los poderes elegidos renunciaran a sus cargos para rebarajar las posiciones.

El domingo 9, a petición de los presidentes regionales, los parlamentarios entregaron sus renuncias a la mesa. Frei redactó la suya.

Ya no servía.

## LOS 22 DÍAS QUE SACUDIERON A CHILE

Francisco Aravena  
La Tercera, 23/08/2023

### LA IGLESIA CATÓLICA – EL REBAÑO INQUIETA

**E**l jueves 23 de agosto, una gran multitud se agolpó en la Plaza de la Constitución para repudiar el acuerdo de la Cámara de Diputados y reforzar su respaldo a Allende. Al término de la concentración hubo incidentes en las calles del centro de Santiago. Los transeúntes se enfrentaron a gritos, se insultaron y a veces se trenzaron a puñetes

El cardenal Raúl Silva Henríquez contempló los sucesos con desaliento. Parecía imposible que en este clima pudiese prosperar el diálogo al que estaba llamando y que había tenido una expresión culminante en su propia casa, en la cena entre Allende y Aylwin, el viernes 17.

Después de esa noche, el lunes 20 se habían reunido Aylwin con el socialista Carlos Briones y ya habían resuelto algunos conflictos menores.

Pero el 22, la DC se había sumado en bloque al acuerdo contra el gobierno, mientras el PS se oponía a que el Presidente nombrara a Briones como ministro del Interior. El país estaba demasiado fracturado. El insistente llamado del cardenal a *"matar el odio"* caía en tierra yerma.



Las filas de la Iglesia también sufrían esa división. Para mediados de 1973, se distinguían dentro de ella a lo menos tres sectores: una mayoría del Episcopado, dirigido por Silva Henríquez, que quería mantener a la Iglesia lejos de los partidos políticos, aunque era proclive al cambio social; algunos obispos, más bien minoritarios, que pugnaban en favor de una Iglesia tradicional, conservadora y antimarxista; y un grupo significativo de sacerdotes que apoyaban a la UP y que en algún caso habían entrado en la liza política.

Estos últimos habían comenzado a trabajar en el mundo pobre con la inspiración del sacerdote jesuita Alberto Hurtado, durante los 50, pero su eclosión tuvo lugar en 1963, durante la Gran Misión de la Iglesia de Santiago, organizada por Silva Henríquez y sus vicarios.

Los sacerdotes se trasladaron a las zonas rurales y a los barrios obreros de la capital, creando nuevas parroquias y grupos cristianos populares. Cuatro años después, tomó un nuevo impulso con el Sínodo Pastoral de 1967, que demandó más participación de los laicos en las decisiones de la Iglesia.

En 1968 surgió en una parroquia de Barrancas la *"Iglesia Joven"*, cuya primera acción fue repudiar la visita del Papa Paulo VI a Colombia, donde dos años antes había sido abatido Camilo Torres, el primer sacerdote integrado a la guerrilla en el continente.

En el grupo *"Iglesia Joven"* participaban laicos, pero también algunos sacerdotes. Ocho de ellos lideraron al grupo (de unas 200 personas) que en agosto de 1968 ocupó la Catedral de Santiago y colgó un lienzo llamando a la Iglesia a estar *"con el pueblo y su lucha"*.



Al año siguiente se produjo la ruptura de la DC que dio origen al Mapu. La mayoría de sus fundadores había pertenecido a la Acción Católica y eran amigos de muchos sacerdotes. Uno de sus líderes, Enrique Correa, había sido seminarista, y otro, José Aguilera, presidente del Movimiento Obrero Católico mundial. Ambos formaron parte de la comisión política del Mapu.

En abril de 1971, mientras la Conferencia Episcopal sesionaba en Temuco, en Santiago se presentó un grupo de sacerdotes, liderados por el jesuita Gonzalo Arroyo, que se denominó Cristianos por el Socialismo. Decían ser 80 y pertenecían a diferentes diócesis y congregaciones.

Entre sus inspiradores estaba el sacerdote peruano Gustavo Gutiérrez, que el año anterior había publicado su Teología de la Liberación. En cuatro meses, *"los 80"* se convirtieron en *"los 200"* y para abril de 1972 anunciaban un encuentro latinoamericano.

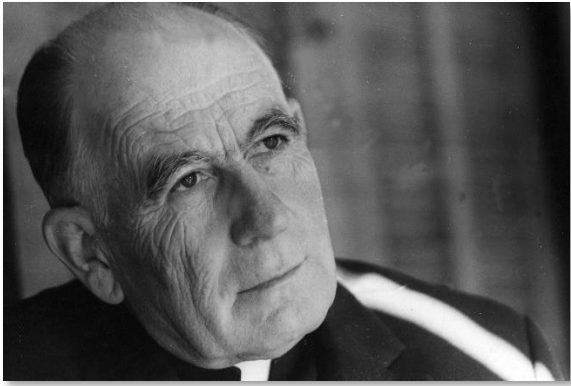
En respuesta, sacerdotes cercanos a Silva Henríquez prepararon un documento de rechazo a la politización y de respaldo a los obispos. Lo firmaron unos 600 sacerdotes de todo el país.

Como otros grupos de la sociedad, el mundo sacerdotal también estaba quebrado. Curiosamente, varios de los fundadores de los Cristianos por el Socialismo -como los padres Alfonso Baeza, Mariano Puga y Pablo Fontaine- mantuvieron su cercanía con Silva Henríquez, quien les profesaba simpatía.

No fue así con Arroyo, a quien el cardenal convirtió en el símbolo de una división provocada por la obsesión ideológica.

Silva Henríquez se enfrentó a *"los 200"* y a sus invitados externos en una ya legendaria reunión en el auditorio de Cáritas.

Con su peculiar energía, les dijo que el prestigio de la Iglesia chilena se debía a su temprana defensa de los más pobres, a su trabajo pastoral en los sectores populares y a su convicción de que Cristo, y no Marx, era la fuente de salvación. Nadie podría acusar a esta Iglesia de ser reaccionaria.



El encuentro sembró la indignación entre los invitados extranjeros y la confusión en los chilenos. El movimiento Cristianos por el Socialismo no volvió a realizar ninguna reunión de esa envergadura y su poder expansivo original se fue disolviendo mes por mes.

Para 1973, ya no era una fuerza importante y el lenguaje de sus declaraciones estaba más cerca del "polo revolucionario" de la UP que del gobierno.

Percibiendo la amenaza que el grupo representaba para la Iglesia, el propio Allende tomó distancia: eran más valiosas sus relaciones con el cardenal -siempre invitado a las celebraciones del Día del Trabajo- y el Episcopado que con una facción que los contrariaba.

El quiebre interno del Mapu terminó por demoler al grupo. De la densa red tejida entre ese partido y los curas populares, muchos se vieron en la encrucijada de optar por unos u otros, y la mayoría prefirió no tomar partido y mantener sus relaciones con todos

En mayo de 1973, el Presidente Allende acudió al cardenal Silva Henríquez para intentar un acercamiento con la DC y, especialmente, con Frei. Allende le pidió una gestión para reunirlos en privado. El cardenal lo intentó, pero Frei, que se sentía agraviado por los insultos de la prensa oficialista en su contra, rechazó la idea.

Mientras la polarización aumentaba y las salidas políticas se cerraban, el cardenal insistió en su petición, esta vez ante el presidente de la DC, el senador Aylwin, que pidió la autorización de Frei antes de concurrir.

En la cena del 17 de agosto hubo una discusión respetuosa y dura, y cuando los comensales se despidieron, Silva Henríquez quedó con la esperanza de que podría abrirse una ventana para salir del entrapamiento.

En la semana siguiente, esa esperanza comenzó a desvanecerse.

## LOS 22 DÍAS QUE SACUDIERON A CHILE

Francisco Aravena  
La Tercera, 24/08/2023

### EL EJÉRCITO AL FILO DEL QUIEBRE

**E**l 24 de agosto, el Presidente Allende comunicó el nombramiento del general Augusto Pinochet como nuevo comandante en jefe del Ejército.

Era lo que habían recomendado su antecesor, el general Carlos Prats; el ministro José Tohá y otras personas cercanas al Presidente.

Pinochet llegaba a la cima de su carrera en el medio de un gobierno socialista. Pero llegaba -y lo sabía- dentro de un territorio minado.

El Ejército estaba en estado de alteración y Prats había caído por la presión de su propio alto mando. No había cómo ignorar este hecho, que se precipitó en sólo unas pocas horas.

En la tarde del 21 de agosto, Prats regresó a su casa abatido por la fiebre. Un par de horas después, unas 300 mujeres se reunieron frente a su puerta con el objeto de entregar una carta a su esposa, Sofía Cuthbert. Entre ellas estaban algunas de las esposas de oficiales de la Fach que en la mañana habían gritado consignas en su contra frente al Ministerio de Defensa.

Pero el grupo mayor estaba constituido por las señoras de numerosos oficiales del Ejército y, en especial, las de nueve generales. La intervención de un pelotón de Carabineros caldeó los ánimos y la reunión callejera derivó en una bulliciosa protesta contra el comandante en jefe del Ejército.



El general Oscar Bonilla, sexta antigüedad en el mando, entró a la casa y le explicó a Prats que los oficiales lo acusaban de haber apoyado al gobierno en

la presión contra el general Ruiz Danyau y que su imagen estaba ya muy deteriorada en las filas.

Esto de la *"imagen"* -una idea repetida varias veces- parecía un eufemismo para significar que el mando se volvía cada vez menos seguro.

Prats hizo salir a Bonilla y luego recibió a los generales Pinochet y Guillermo Pickering, que venían a ofrecerle su respaldo.

Tras una noche amarga, Prats llegó a la conclusión de que la afirmación de Bonilla sólo podía ser contrastada en los hechos. Dijo a Pinochet que se mantendría en su cargo sólo si los generales firmaban una declaración pública en su apoyo.

Al día siguiente, el 22, después de una seguidilla de reuniones, Pinochet informó que no todos los generales estaban dispuestos a ofrecer semejante gesto. En el intertanto presentaron sus renuncias los generales Pickering, comandante de Institutos Militares, y Mario Sepúlveda, jefe de la Guarnición de Santiago, en protesta por la actitud de sus compañeros. Prats se quedaba cada vez más aislado.



En la madrugada del 23 de agosto, Allende citó a su residencia a los generales Pinochet y Orlando Urbina, inspector general y segundo en antigüedad del Ejército.

Acompañaban al Presidente sus ministros Letelier, que se preparaba para asumir en Defensa, y Fernando Flores, secretario general de Gobierno; el director de Chile Films, Eduardo "Coco" Paredes, y el secretario general del Partido Comunista, Luis Corvalán.

El Presidente hizo un breve análisis de la situación política y se quedó esperando la reacción de los generales. Pero sólo habló Urbina, quien estimó que el gobierno debía llegar a un acuerdo con la oposición o convocar a un plebiscito. Pinochet asintió sin explayarse.

En verdad, Allende intentaba cerciorarse de las ideas y las capacidades de quienes podrían ser los sucesores de Prats. El comandante en jefe estimaba que quien ocupara su cargo debía ser la segunda antigüedad, para mantener la tradición del Ejército.

Pinochet cumplía ese requisito y también otro más importante: había mostrado su lealtad a Prats. Lo mismo opinaba el anterior ministro de Defensa, José Tohá, que había llegado a entablar cierta amistad familiar con Pinochet.

Cerraba el círculo el hecho de que los generales más exaltados en contra del gobierno -Manuel Torres de la Cruz, Oscar Bonilla, Sergio Arellano, Javier Palacios, Arturo Vivero- no lo consideraban fiable y tampoco se le conocían vínculos con la oposición política.

Sólo el Partido Socialista puso reparos contra del nombramiento de Pinochet. El secretario general, Carlos Altamirano, se entrevistó con Allende y le planteó que el PS no confiaba en el segundo hombre del Ejército. Su candidato era el tercero, el general Urbina.

Pero esto no podía decirlo abiertamente, porque la principal *"fuente"* del PS era... el propio general Urbina. Nunca se sabrá si este general transmitió esa información al PS o si éste la obtuvo de su hermano, que era simpatizante socialista.

El 23, Allende almorzó con Prats y el ministro Flores, que se había convertido en un amigo cercano del general. Preocupado por su salud quebrantada y por el estrés que vivía, el ministro le había ofrecido al general que se tomara un descanso en una casa de playa de un empresario de su confianza, Andrónico Luksic. Prats lo agradeció y aceptó el ofrecimiento.



En el almuerzo, Prats presentó su renuncia indeclinable, a pesar de la insistencia de Allende. Lo convenció de que su alejamiento le brindaría el espacio a Pinochet para pasar a retiro a los oficiales sospechosos de golpismo, y al gobierno, el tiempo para alcanzar acuerdos con la oposición.

Allende terminó por aceptar. ¿Por qué lo hizo, si sabía que Prats era el dique de contención de un golpe? Se lo dijo a su ministro Pedro Felipe Ramírez cuando éste se lo preguntó unos días después: *"¿Qué quería que hiciera, si él me dijo llorando que no podía más?"*

Al día siguiente fue oficializada la designación de Pinochet, cuya primera medida fue exigir la presentación de las renuncias de todos los generales,

según la tradición militar. Bonilla y Arellano se negaron y Pinochet encargó a Urbina que las obtuviera.

Pero los generales se las arreglaron para eludir al ahora jefe del Estado Mayor, y cuando el ministro Letelier le dijo a Pinochet que este era un acto de insubordinación, el general prometió que lo resolvería cuanto antes. Nunca lo hizo.

El Ejército hervía de agitación. Los altos oficiales estaban presionados por sus esposas y por sus familias, que les exigían no formar parte de un gobierno que los hacía participar de la inestabilidad política. Entre los jefes con mando de tropas crecía el disgusto por el empleo de sus fuerzas en tareas de orden público y en la vigilancia de bencineras, comercios y carreteras.

Para muchos de ellos, Prats, Pickering y Sepúlveda eran los principales obstáculos al golpe, una limitación que se había mostrado decisiva durante el alzamiento del Blindados N° 2, cuando esos generales, además de Pinochet, redujeron a los rebeldes.

Pinochet sabía que un gesto hostil contra los generales sediciosos podría significar la insurrección de una o más unidades.

Dos días después de su nombramiento y mientras el general Urbina aún buscaba a Arellano para exigirle la renuncia, el 26 de agosto la Escuela Militar se acuarteló con el fin de defender al principal activista del golpe.

Para controlar a un alto mando cada vez más enervado, Pinochet necesitaba cautela y astucia, más astucia que todos ellos. Sólo contaba con dos hombres de confianza: el general Herman Brady, nuevo jefe de la Guarnición de Santiago, y César Benavides, nuevo comandante de Institutos Militares.



En la primera semana de septiembre el Ejército parecía estar rumbo a un quiebre interno. El general (R)

Prats estimaba que una acción violenta podría desencadenarse el viernes 14 de septiembre, o unos días antes; se reunió con el Presidente y le planteó que junto con llamar al diálogo pidiera permiso constitucional y dejara el país por un año.

La mirada feroz de Allende hizo que no insistiera en ello.

En el gobierno se expandió la percepción de que ese viernes era el límite final y que, si lograba trasponerlo, tendría un nuevo período de alivio. El PS, en cambio, creía que todas estas eran exageraciones de La Moneda y, en algún caso, parte de las argucias del Presidente para seguir cediendo ante la oposición.

¿La opinión del general Prats? Bueno, el general (R) estaba con mala salud.

En los primeros días de septiembre, los complotados en el Ejército aún estaban desconcertados con el silencio de Pinochet. Ya pensaban en sobrepasarlo poniendo al frente al general Torres de la Cruz, incluso con el problema nada menor de que estaba destinado en Punta Arenas.

Pero el domingo 9 llegaron a casa de Pinochet el general Leigh y, poco después, los contraalmirantes Patricio Carvajal, jefe del Estado Mayor de la Defensa, y Sergio Huidobro, jefe de la Infantería de Marina, que traían una nota de José Toribio Merino, jefe del Estado Mayor de la Armada, fijando la fecha del levantamiento conjunto para el martes 11, a partir de las 6 de la mañana.

Tras algunas vacilaciones, sabiendo que se jugaba la vida, Pinochet firmó el acuerdo.

Quedaba el problema de Urbina, en quien los demás generales no confiaban. Pinochet anunció que lo enviaría a revisar las investigaciones sobre una escuela de guerrillas descubierta en La Araucanía y luego juramentó a un pequeño grupo de generales.

Allí estableció que, en caso de no llegar a su puesto de mando al día siguiente, su reemplazante sería el general Bonilla. Autorizaba en ese momento un golpe interno: otros cuatro generales -Urbina, Torres de la Cruz, Ernesto Baeza y Rolando González- más antiguos que Bonilla, serían sobrepasados de facto. Ese mediodía, Urbina partió a Temuco.

Era el costo que pagaba Pinochet por liderar el golpe militar. El costo alternativo era que le pasara por encima.

*(Continuará)*